

ANTE UNA INMINENTE AMENAZA TERRORISTA, EL FBI SERÁ LA ÚNICA ESPERANZA

GREG BEAR



QUANTICO

En un futuro inquietantemente cercano, el terrorismo está fuera de control. La Cúpula de la Roca de Jerusalén ha saltado por los aires en una acción terrorista, y, como represalia, miles de personas han muerto en otro gran ataque a los Estados Unidos. La experimentación con nuevas armas en remotos laboratorios es un hecho; nadie se siente a salvo.

En este contexto, el FBI deberá tratar con una nueva amenaza. Un misterioso estadounidense que se hace llamar John Brown ha contactado con los señores de la droga en Guatemala, con los colonos judíos en Israel y con los terroristas islámicos iraquíes. Su propósito: intentar venderles un virus capaz de exterminar a poblaciones enteras. William Griffin, Fouad Al-Husam y Jane Rowland, tres agentes que están acabando su adiestramiento en Quantico, la Academia del FBI, encuentran en este caso su primer desafío. En su caza al terrorista, los jóvenes agentes unen fuerzas con una veterana experta en bioterrorismo. Pero la trama que descubren —y el hombre al que persiguen— demuestra ser mucho más peligrosa de lo que cualquiera habría pensado.

La gran amenaza se cierne sobre la civilización; está escalofriantemente cerca... Nunca una lectura había sido tan reveladora de lo que nos acecha en el futuro.

A aquellos que se exponen al peligro para salvarnos de la locura, la codicia y la enajenación.

PRIMERA PARTE

CERVECERO, PANADERO Y CANDILERO

Provocaron mis celos con lo que no es Dios; me irritaron con sus ídolos vanos; mas yo provocaré sus celos con lo que no es pueblo; los irritaré con una nación insensata.

Deuteronomio 32:21, cf. Romanos 10:19

... hagan ver a la ciudad que era enemigo del pueblo, y que las guerrillas le dispararon porque éstas tenían como principal prioridad proteger a los ciudadanos.

«Operaciones psicológicas en la guerra de guerrillas»,
Manual de instrucción de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA)

Uno

*Guatemala, cerca de la frontera mexicana,
año menos dos*

Desde el asiento delantero del Range Rover, el hombre gordo y bajito de la escopeta recortada extendió el brazo hacia atrás y retiró la capota.

—¿Demasiado calor, señor? —preguntó el gordo. El aliento le olía a Tic-tacs, aunque eso no disimulaba el hedor de su cariada dentadura.

El Norteamericano, rubio rojizo de cabello corto, estaba empapado en sudor. Respiró hondo y miró hacia el patio de ladrillos rojos, rodeado de frondosos árboles. Su mirada, antes de posarse, traslucía perturbación.

—Un poco.

—Lo lamento. Hoy, además, hace un día húmedo. Dentro estará fresco y agradable. El señor Guerrero es un hombre muy hospitalario cuando se sabe a salvo.

—Ya entiendo.

—Si no está seguro —prosiguió el hombre gordo—, puede llegar a tener muy mal carácter.

Dos indios salieron corriendo de la hacienda. Eran jóvenes, parecían hambrientos, y llevaban un AK-47 colgado en bandolera. Uno de ellos abrió la puerta del Range Rover de un tirón e invitó al Norteamericano a salir. Éste se apeó lentamente sobre el suelo de ladrillos. Era larguirucho y de mayor estatura que el hombre gordo. Los indios hablaban mam entre sí y chapurreaban español con el conductor. Éste sonrió mostrando una boca medio desdentada y enne-

grecida por el tabaco. Se inclinó hacia el capó del coche y encendió un Marlboro. El destello de la cerilla le iluminó el rostro.

Los indios cachearon al hombre alto como si no se fiaran del chófer gordo ni de los otros que los habían acompañado desde Pajapita. Hicieron además de cachear también al conductor, pero éste los apartó a empujones, entre maldiciones. Fue un momento tenso, pero el gordo farfulló algunas palabras en mam y los indios retrocedieron con expresión sombría. Después se apartaron con aire altanero y levantaron los cañones de las armas. El chófer les dio la espalda con gesto sereno, y siguió fumando.

El hombre alto se secó el sudor de la frente con un pañuelo. A lo lejos se oía el zumbido de un generador. El último tramo de la carretera había sido demencial debido a los baches y las ramas arrancadas por el reciente huracán. La hacienda, sin embargo, no parecía haber sufrido desperfectos y las luces del interior resplandecían en el crepúsculo. Una fuente pequeña que se alzaba en el centro del patio lanzaba un único chorro de agua turbia a dos metros de altura, atravesando una nube de mosquitos. Pequeños murciélagos revoloteaban de un lado a otro surcando el cielo azul del atardecer cual golondrinas. Alrededor de la fuente una niñita solitaria jugaba; tenía largos cabellos negros y vestía pantalones cortos, top de tirantes atados al cuello y sandalias rosas. La niña se detuvo un instante para mirar al hombre alto y el Range Rover, luego se retiró la melena hacia atrás y continuó jugando.

El hombre gordo se dirigió al maletero de la camioneta, abrió la puerta y descargó un saco de un quintal de café. Tras caer a plomo, los granos de café se fueron deslizando con un murmullo hasta asentarse sobre los ladrillos.

—El café es la única droga que consume el señor Guerrero, pero lo toma en cantidades industriales —apuntó el hombre gordo. Luego miró al alto de reojo y añadió, dando

golpecitos a su reloj de platino—: Le esperaremos aquí. Procure ser breve.

Una anciana menuda ataviada con un largo vestido de algodón amarillo y rojo salió de la hacienda y tomó de la mano al hombre alto. Acto seguido alzó la vista sonriendo y lo condujo a través del patio. La niña observó la escena con expresión sombría. En su labio superior, bajo una fina pelusilla oscura, se apreciaba la marca rosada de una fisura palatina operada por unas manos expertas. Las puertas de bronce que daban al patio se hallaban decoradas con toscas figuras de masilla, querubines realizando tareas como portar frutas. Los ojos de los ángeles, tristes pero resignados, recordaban a los de la anciana, y el color era casi idéntico al de su piel. Más allá de una solemne puerta de hierro y otra de cristal, una bocanada del aire acondicionado golpeó el rostro del hombre alto. Una música invadía las amplias y blancas estancias de la casa; era un jazz suave: Kenny G. La anciana condujo al hombre hasta un sillón blanco y lo empujó para que se sentara. Después ella se arrodilló, le quitó los zapatos y le puso unas sandalias que sacó de una bolsa oculta entre los pliegues del vestido.

El señor Guerrero apareció solo en la puerta del comedor. Era pequeño y fornido, y vestía una camisa hawaiana amarilla y negra por dentro de unos pantalones de lino blanco, con un cinturón de tela. Su cabello era grueso y oscuro. Por su aspecto parecía un hombre acomodado queriendo hacerse pasar por un vagabundo de playa.

—Bienvenido, señor Santerra —dijo Guerrero—. Supongo que su viaje ha sido verdaderamente espantoso.

El hombre alto, cuyo nombre no era Santerra, alzó una pequeña bolsa de tela. Los viales de cristal tintinearón con suavidad.

—Al menos no se ha roto nada.

Guerrero contrajo la mejilla.

—¿Entonces ya está listo?

—Se trata de una muestra piloto —señaló el hombre alto—. Pura y letal. Pruébelo con alguien a quien quiera quitar de en medio.

—No soy de ese tipo de personas —respondió Guerrero levantando las manos—. Lo probaremos en el laboratorio, con animales. Si efectivamente es lo que usted dice, recibirá la siguiente entrega de dinero en el lugar que nosotros decidamos. El dinero no está a salvo ni aquí ni en las islas. El terrorismo ha obligado a su país a seguir muy de cerca los movimientos de la banca mundial.

Un inmenso hombre negro vestido con traje negro y cuyo cabello empezaba a clarear entró procedente de la cocina y rodeó a Guerrero. Luego se detuvo frente al hombre alto y extendió la mano. Tras recibir la bolsa, la abrió con cuidado. Los tres viales, que contenían un polvo fino, tintinearón sobre la palma rosa de su mano.

—Supongo que es consciente de que éste no es el producto final —observó el negro con voz aguda y acento austriaco, dirigiéndose a Guerrero—. Esto no prueba nada.

Guerrero hizo un gesto con la mano para expresar su desacuerdo.

—Si han demostrado buena fe antes del siguiente pago, me lo dirá, ¿verdad, señor Santerra?

El hombre alto asintió.

—Puede que yo no viva para ver solucionado el problema —apuntó Guerrero, que se había mantenido a la misma distancia del hombre alto desde que éste había sacado la bolsa de tela—. Pero espero que mis hijos sí puedan verlo. ¿Ha visto la película *M, el vampiro de Dusseldorf*, señor Santerra?

El hombre alto negó con la cabeza.

—En Alemania, los criminales del hampa deciden buscar y juzgar por su cuenta a un pederasta para poner fin al acoso policial que les está impidiendo realizar sus operaciones. Aquí ocurre lo mismo. Si usted cumple su promesa, nosotros nos encargaremos de darles su merecido a esos

miserables monstruos. —Guerrero hizo una pausa, dando ocasión al hombre negro de abandonar la sala con la bolsa. Luego se sentó en una robusta silla de madera. Tenía el rostro surcado por años de preocupación—. Usted tiene una naturaleza peligrosa. Eso me incita a confiar en usted.

El hombre alto pasó por alto el cumplido, si es que lo era.

—Le agradezco que haya venido en persona. ¿Cuándo recibiré noticias?

—Dentro de unos tres meses, seis, a lo sumo —respondió el hombre alto tendiendo la mano para sellar el trato.

Guerrero bajó la vista hacia la mano. Su mejilla volvió a contraerse. Parecía que hubiese vivido más décadas de las cuatro que contaba en realidad.

—Ahora márchese —sentenció.

La anciana de piel bronceada irrumpió de nuevo en la estancia y se arrodilló para cambiarle el calzado al hombre alto. Éste esperó de pie a que la mujer acabara y después se encaminó hacia la puerta.

En el patio, sus acompañantes habían mantenido el motor en marcha. La niña había entrado en la casa. El chófer apagó el cigarrillo y tiró la colilla en una lata que sacó del bolsillo.

El hombre gordo abrió la puerta del Range Rover y sacudió la capota en el aire con una mano.

—Hay que ver la cantidad de murciélagos que hay por aquí —observó—. Supongo que es por la abundancia de insectos.

Dos

Irak, año menos uno

Los abalorios de plástico rojo de las cortinas tamborileaban como dados en un cubilete.

El hombre que bajaba a la cafetería era rubio. Llevaba gafas de sol, como casi todos los hombres en Bagdad, ciudad de ladrones, asesinos y mercaderes. Un fino polvillo se desprendió de sus zapatos conforme los frotaba contra un cepillo doble colocado en los ladrillos. Por un instante, levantó la vista y frunció el entrecejo como si lo hubiera asaltado una duda capital, y su sien y su mejilla quedaron iluminadas por la rubicundez de una falsa esperanza. Un héroe, evidentemente —un inglés, quizás—, alto, esbelto y probablemente fuerte, aunque el holgado corte de su abrigo de lino impedía adivinarlo.

Ibrahim Al-Hitti, que observaba desde la pequeña mesa redonda, apartó sus impecables zapatos negros para evitar que se los pisotearan. El espacio en el sótano era angosto, había pocas mesas y menos clientes. Un primo tuerto de un primo suyo era el dueño del local y habían conseguido convencerlo de que aquel espacio podía usarse de vez en cuando como centro de negocios personales por los que era mejor no preguntar. Él era capaz de hacer literalmente la vista gorda ante cualquier actividad. En esos instantes, ese pariente regordete y desastrado se hallaba tras la pequeña barra negra, envuelto en una nube de vapor que ascendía de una vieja máquina de expreso importada de Italia, o al menos de eso presumía él. El vapor espantó a dos

tábanos que trataban de refugiarse del calor de la calle y que revolotearon zumbando de un lado a otro hasta posarse en una pared de yeso junto a un espejito empañado. El aire en el sótano de la cafetería era tan húmedo y cálido como en cualquier lugar de Irak en esa época del año, un clima apropiado para conversaciones y actuaciones sórdidas.

Al-Hitti había nacido en Yemen pero había pasado la mayor parte de su juventud en Egipto e Inglaterra. No sentía ningún afecto por Irak, y los iraquíes, en general, le desagradaban. Esa zona de la ciudad, próxima a la plaza Firdos —supuestamente más fresca por el efecto de las brisas del Tigris—, era frecuentada sobre todo por hombres de negocios y por ministros y administrativos de clérigos chiíes. A los ejecutivos los despreciaba. Sobre los clérigos, no opinaba.

Aunque musulmán y suní, Al-Hitti pertenecía a esa secta pragmática que había ido expandiéndose por Oriente Medio a lo largo del último siglo: una hermandad no alineada interesada ante todo en desviar los flujos de poder. Las pasiones religiosas habían dividido a los musulmanes durante demasiados siglos y con ello sólo habían logrado debilitarlos. Sólo el uso sereno del pensamiento volvería a unirlos y restablecería la gloria perdida si trabajaban para llevar a cabo actos difíciles que algunos calificarían de sórdidos.

El hombre alto se quitó las gafas sin miedo a mostrar el rostro. Al-Hitti se dio cuenta enseguida de que era estadounidense, no inglés; unos y otros eran tan diferentes en el andar y en las maneras como los etíopes y los somalíes. Así que ése era el hombre al que esperaba. No se trataba de un encuentro al que le apeteciera asistir. Era más bien un «desencuentro».

A él le encantaba jugar con las palabras.

Y su malestar fue mayor aún al ver que el hombre al que habría de matar era en realidad un tipo de aspecto decente, con rasgos marcados e incluso un respetable broncea-

do. Esa palabra, bronceado, apareció en su mente rodeada de mujeres medio desnudas. Eso le irritó.

El norteamericano captó su mirada y, bordeando con agilidad las mesas, avanzó hacia el fondo del local. Le tendió la mano derecha a Al-Hitti y, en un tono de voz suave y apacible, se presentó. Se llamaba John Brown y era de Massachusetts: un nombre ridículo para un lugar; sonaba a estornudo. John Brown hablaba la variante del árabe de El Cairo, y lo hacía además con sorprendente fluidez.

—Es usted tal como me lo había imaginado —le dijo Al-Hitti, mintiendo. Él se había imaginado a un hombre bajito y discreto, vestido con ropas anchas.

—¿De veras? —contestó el norteamericano mientras retiraba una de las sillas de hierro forjado para sentarse. Ambos esbozaron una comedida y ponderada sonrisa.

El primo de Al-Hitti se acercó para tomarles nota y, al hacerlo, pasó intencionadamente por alto al norteamericano, desviando el ojo bueno de esa parte de la estancia. A John Brown no pareció importarle.

Mientras aguardaba un vaso de té frío bien cargado, Al-Hitti aprovechó para examinar con detenimiento a su acompañante. Entre ellos se abrió un gran silencio. La primera impresión había sido de fortaleza, de un hombre que atrae a las mujeres. Pero al profundizar un poco más, su instinto le hizo dudar. Había elocuentes marcas en el rostro del estadounidense y una clase de tristeza que le llevaba a identificarlo con un viejo luchador; no con un soldado indiferente ante su propia crueldad y capaz de culpar a otros, sino con un guerrillero de montaña acostumbrado a actuar y a vivir durante meses en soledad y sin nadie a quien culpar salvo a sí mismo.

El aspecto de John Brown era más impactante aún por el hecho de que tenía un ojo azul y otro verde. Al-Hitti jamás había visto nada semejante.

—Antes de decidir si vas a matarme... —dijo el norteamericano llevándose la mano al pecho y sacando con rapi-

dez del bolsillo un paquete de polvo beige en una bolsa de plástico sellada.

Al-Hitti reaccionó como si le hubiera picado uno de los tábanos. Se apartó, con los ojos desorbitados, y su silla chocó con la de detrás.

—¿Qué es eso? —exclamó.

—Una muestra —respondió el norteamericano.

—¿Completa? —preguntó elevando el tono.

El hombre alto levantó la barbilla y aclaró:

—Todavía no, pero no tardará.

Al-Hitti se negó a tocar el paquete hasta que vio que su coraje estaba en tela de juicio y que la confianza del norteamericano se desmoronaba por momentos. Lo más probable, además, es que fuera falsa. Cualquier otra cosa supondría pecar de optimismo. Cogió el paquete. Las manos sudorosas del norteamericano habían mojado el plástico, pero el polvo del interior mostraba una textura milagrosamente fina y ligera, apelmazada y seca.

Un puñado de cien mil miserias.

—Dícales a sus científicos o a sus estudiantes de posgrado de la universidad que lo analicen con extremo cuidado —advirtió el hombre alto—. La sustancia se comportará como un gas y se esparcirá por todas partes si no se maneja de forma adecuada. Le dirán que es puro y que ha sido modificado genéticamente, pero no está completo. Todavía no. Pruébelo con alguien a quien desee ver muerto. Hágale inhalar unas partículas, o tragárselas, o póngaselas en contacto con la piel. Con el tiempo, si analizan las lesiones en la oscuridad verán que primero adoptan un tono verdoso y después se vuelven rojas. Esos genes insertados constituyen la prueba de que podemos hacer lo que decimos.

Al-Hitti no pudo evitar desviar los ojos de los del norteamericano. Había algo en el ojo azul que le recordaba al cielo del desierto.

Al-Hitti se inclinó hacia delante.

—¿Qué clase de prueba es ésta? ¿Una bolsita de polvo recogido del suelo de Tejas, donde como mucho quizás ha muerto un buey? ¿Cómo podemos saber que el resto de la historia es verdad? —Al-Hitti levantó el paquete con la punta de dos dedos—. Según he oído, es fácil de hacer. Al menos eso me han dicho.

—Si se cree lo que dicen los tontos —señaló el norteamericano—, los hace menos tontos. —El hombre sacó una navaja, abrió la hoja y la dejó en el centro de la mesa—. Fróteselo en la piel como si fueran polvos de talco. Inhalémoslo los dos.

Al-Hitti se encogió de hombros muy deprisa para disimular el escalofrío.

—No hemos venido aquí a ver quién es más macho.

—No —admitió el norteamericano.

—¿Cuándo estará listo el producto final?

—Cuando disponga del dinero. Yo llevaré a cabo mis propios ensayos y usted los suyos. Luego, el año que viene... Jerusalén.

—Hay muy pocos judíos en Irak. Saddam ya no los protege, y los clérigos... —Al-Hitti agachó la cabeza. Estaba adelantando acontecimientos. De momento todo eran castillos en el aire.

—Mientras los receptáculos de genes no se hayan rellenado, según lo especificado, los judíos no han de tener más miedo que usted o que yo —comentó el hombre alto—. Ni más ni menos.

—¿Quién ha sufragado los gastos de su labor hasta ahora? ¿Un wahabí? —inquirió Al-Hitti con cierto temor—. Ojalá se muera en la cama de un cerdo incontinente. —A Al-Hitti no le gustaban los wahabíes. Lo que habían hecho para aferrarse al poder había acabado con muchos de sus mejores hombres. Ahora, Arabia Saudí vivía un periodo de agitación. Por fin estaban recibiendo su justo castigo.

El norteamericano retiró su silla con gran estruendo y miró a Al-Hitti con desprecio.

—¿Y si acepto, me encargo de buscar a gente y se le entrega el dinero?

—En ese caso volveríamos a reunirnos el año que viene —respondió el norteamericano.

El primo del primo de Al-Hitti se había hartado y de pronto se oyó un chasquido como el de un leve disparo en la cafetería. Al-Hitti se volvió a mirar. El dueño alzó un matamoscas con un tábano estampado en el centro.

Cuando Al-Hitti volvió la mirada hacia la mesa, el hombre alto ya se encontraba en la puerta separando la cortina de abalorios. Otro tábano entró zumbando en círculos y el norteamericano se marchó.

El dueño del local regresó a la mesa para retirar el vaso y miró fijamente a Al-Hitti con el ojo bueno.

—¿Es por el hecho de que hoy estás bebiendo té solo? —le preguntó.

En Irak nadie mínimamente influyente salvo él recordaba haber visto a un estadounidense con el cabello decolorado, rostro de guerrero y un ojo de cada color. Pero la bolsa de plástico era real. Y lo que contenía era auténtico. De hecho, era muy auténtico.

Al-Hitti había mandado analizar y probar la sustancia, que provocó un lamentable estado de enfermedad en dos ministros de los clérigos y cinco ejecutivos iraquíes secuestrados. En la oscuridad, las lesiones adoptaron primero un tono verdoso y luego se volvieron rojas, según informaron los médicos a personas que conocía Al-Hitti.

Y después murieron, murieron todos.

Conforme pasaron los meses, Al-Hitti empezó a creer que realmente sucedería. Su esperanza reflejaba lo mal que se habían puesto las cosas para su gente. Tres años antes, la Cúpula de la Roca había sido destruida por un terrorista